

Palabras en el aula 10.09

Espido FREIRE*

Se habla constantemente de las palabras. No nos parecen bastantes las de los dirigentes, ni, por desgracia, convencen las que ya existen. Internet logra que la mediocridad nos avergüence: de manera gratuita y con una vocación admirable, pone a nuestro alcance todo. Todo es bueno, malo, mediocre. Todo (nada) va más allá. Todo (todo) va más allá. Antes no comparábamos. Ahora todo es comparación. Lo que cualquiera pueda decir se convierte en algo esencial. Si antes paríamos de lo subjetivo a lo objetivo, ahora, sencillamente, todo es subjetivo.

Nunca se dudó de la importancia de las palabras. Pero en los últimos años la enseñanza ha sido puesta en duda. Absortos en las necesidades de los futuros científicos buscaron una nueva especialización; olvidaron la oratoria, la capacidad de expresarse por escrito, la lectura de textos clásicos. Lejos de incorporar una mejor forma de acercar a los jóvenes al conocimiento humanista, se rechazó de pleno los usos del latín, del griego, de la literatura. La última víctima en esta guerra ha sido la historia.

Por lo tanto, ha habido que volver los ojos a otras maneras de enseñanza. Curiosamente, no han cesado las ansias por escribir, ni por leer. Personas que nunca hubieran pensado que albergaban una historia dentro han descubierto que deseaban contarla, y contarla bien. Así, se han acercado a grupos virtuales, o reales, han compartido lecturas, o se han apiñado en torno a quienes podrían enseñarles un poco más. En ocasiones importados de Latinoamérica, la capacidad de convocatoria de esos talleres radicaba en la eficaz manera de crear una identidad de grupo: los aspirantes a escritores ya no estaban solos: alguien les escuchaba sin juzgarles bichos raros. La sola idea de tener una cita semanal servía de acicate para crear textos nuevos, en una competición pocas veces destructiva.

27

Cuando llegué a la universidad, me encontré con una tertulia de lectura que dirigió mis pasos hacia mi vocación. Nunca he olvidado la deuda que contraí con ese grupo, de cuya amistad me sigo beneficiando. Sin embargo, cuando unos años más tarde publiqué mi primera novela, fui consciente de las carencias que presentaban las tertulias: al no existir una jerarquía clara, la opinión estaba por encima del canon. Todo valía, siempre que estuviera vinculado a una emoción. No se primaba la lectura objetiva, ni el estudio, imprescindible para un progreso constante en el autor. En muchos casos, eran los brillantes los que se hacían con la atención, y se iniciaba un vínculo peligroso entre la autoestima y la opinión ajena sobre los textos.

Para colmo, al no estar reconocida esa enseñanza, no era posible reclamar un título que compensara por todas esas horas, y al mismo tiempo, cualquiera podía autodenominarse profesor.

* Escritora. Imparte cursos de escritura creativa



Curso: **Poesía Experimental y Objeto Poético**
Profesora: Sofia Rhei



Taller: **Cuentos y Marionetas para niños**
Profesora: Sofia Rhei



Curso: **Soltando Lastre. Literatura y Autoconocimiento**
Profesora: Lola Beccarai



Curso: - **El Protocolo Actual**
- **Maridaje de vinos**
Profesora: Mila Freire



Curso: - **Curso de creación literaria.**
- **Curso de Simbología.**
- **Oratoria y lenguaje no verbal**
Profesora: Espido Freire



Curso: **Formación de Portavoces.**
Profesora: Carme Chaparro
Presentadora Informativos Tele 5



Esuela juvenil de Escritura
Profesora: Natalia Gómez
master Classes Espido Freire



De esa base partí para proponer un sistema de enseñanza diferente: Yo no organizaría talleres, sino cursos, con una programación bien establecida y un profesor como referente absoluto en el aula. Este sistema estaría o bien vinculado a universidades, que por lo tanto, premiaran con créditos ese tiempo dedicado, o a fundaciones que financiaran por completo, o casi por completo, la matrícula, de manera que el dinero no se convirtiera en un problema. Opté por un sistema de intensivos, que rentabilizara el tiempo del estudiante, y que no sustituyera el trabajo personal, imprescindible, por esa especie de tutoría global que suponía la asistencia a un grupo.

Quise que mis alumnos pudieran argumentar con lógica sus elecciones literarias, y la coherencia de su obra, de manera que incluí esbozos de literatura comparada, de historia de la literatura y de teoría literaria. Eliminé las lecturas públicas: la corrección de los textos recaía en mí, porque no se podría beneficiar un novato de la opinión epidérmica de otro novato. Por último, aunque con escaso éxito, les animé a que no crearan grupos paralelos al finalizar el curso: la labor de la escritura es solitaria, y la manera en la que se crea una atmósfera determinada irrepetible. No serviría de nada, como así se demostró, intentar que se repitiera o se prolongara en el tiempo.

Los resultados fueron inmediatos: los estudiantes adquirirían bases racionales con las que organizar el magma de sus historias. Durante varios meses encontraban caminos en las lecturas que yo proporcionaba durante el curso, y que eran varias docenas de títulos. En general, el cambio se producía en horas. Les alejaba de su historia para convertirla en el material de trabajo de un escritor, y no únicamente en un testimonio personal.

Por supuesto, esta metodología no funciona con todos los aspirantes a escritores. Algunos la encuentran demasiado fría, o no poseen suficiente confianza en mí como para fiarse de mi criterio, sin discutirlo o compararlo con otros compañeros. Otros, que buscan reafirmación, no encajan en este sistema. Los que durante años se han acostumbrado a grupos en los que el trabajo se hacía o se ponía en común reaccionaban mal a la soledad y a la idea de autoridad en el aula. Yo no doy cariño: apporto conocimientos.

29

Tras varios años de aplicación de esta metodología, decidí abrir mi propia escuela en Madrid, en la calle Ayala 86. Hasta la fecha me he resistido a un sistema on-line de enseñanza: creo que no está suficientemente desarrollado como para sustituir lo presencial, en mi caso. Algunos de mis alumnos han ganado ya concursos, o han logrado publicar: por lo general se trataba de personas con un estilo propio ya consolidado, que necesitaban algunas directrices y que las han absorbido con ansia. Me siento muy orgullosa de ellos, y cuando comparten sus logros conmigo ninguna madre de folklórica se hincharía más.

Ha habido algún caso desagradable, en el que el alumno se apuntó únicamente para cuestionarme, y se dio de baja inmediatamente. Es una de las esclavitudes de la popularidad, que se da en muy escasas ocasiones, pero que siempre me deja atónita. No me desaniman de la enseñanza. Creo que apporto, como todos los cursos y talleres literarios, un lado carente de visibilidad en la educación contemporánea. Creo que soy útil, a mi manera, y que lo hago desde la más absoluta sinceridad y honradez profesional.

Es posible que en un futuro estos cursos carezcan de sentido, porque se integren de nuevo en las enseñanzas convencionales. Ojalá pronto me quede obsoleta. Sería una buena noticia, una razón para la esperanza.